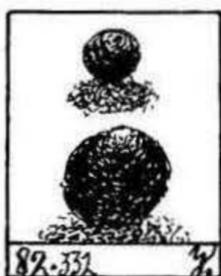


*negras*, se adecua mejor al objetivo de la novela: ese monólogo caótico, ininterrumpido y falso, porque no es monólogo: la voz que habla habla a alguien, y alguien, un *parcero* casual del narrador, la escucha. La redacción de la novela, deliberadamente natural y prosaica, no admitiría el artificial corte de un capítulo. El narrador no tiene la intención de gustar, ni de capturar, ni de interesar, ni siquiera de narrar. No existe una acción literaria —eso que se conoce como trama— en la novela. Su tejido es un conjunto de invectivas, un inventario sin concesiones (esto ya se habrá dicho muchas veces) de la infernal realidad que es la materia prima de la literatura. Pero existe una historia, quizá a pesar del autor: la de un narrador que conoce a un sicario, se enamora de él y con él vive hasta que es (el sicario, no el narrador) asesinado. Conoce a otro, se enamora de él y con él vive hasta que descubre que se trata del asesino del primero. Entonces piensa en la posibilidad de matarlo, en la venganza, pero no lo hace. Y en este desistimiento se encuentra la cifra de la novela:



*Alors j'ai découvert ce que je ne savais pas, que j'étais infiniment las, que je me foutais pas mal de l'honneur, qu'au fond pour moi l'impunité ou le châtement cela revenait au même, et que la vengeance était un poids trop lourd pour mon âge.*

Así es como el narrador se identifica con el país que odia y asume sus señas terribles. El segundo amante morirá asesinado, de todas formas, porque ésa es la ley de Medellín.

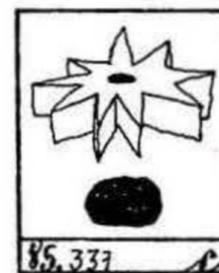
Las razones que construyen el entendimiento de un lector con su libro son insondables, variadísimas, y se encuentran en casualidades o incons-

ciencias, en experiencias recónditas o misteriosas sensibilidades. He juzgado que la novela de Vallejo es valiosa y aguerrida; también he juzgado que le sobran algunas páginas, aunque tome así el riesgo de que el cáustico narrador me repita lo que Mozart le dice a quien le hace esa crítica en la película de Milos Forman: "¿Qué notas tenía usted en mente, majestad?". Pues bien: ignoro cuáles; y también considero que la digresión es una de las fuerzas estéticas de la novela, que se va haciendo como le llegan al narrador las ideas a la cabeza, un poco a la manera de Rabelais. ¿Serán demasiadas, entonces, las digresiones? ¿Serán innecesarios ciertos desvíos que tienen, como único fin, la justificación de un anatema? Creo que las razones son meramente literarias: la contención es un valor estético, y también lo es la esencialidad.

Pero la novela es una viva especulación sobre la función de la literatura; el traductor, en un apéndice interesante, utiliza las palabras *purificación*, *catarsis* y *purga*. En efecto, es clara la impresión de que Vallejo, en al menos uno de varios aspectos, escribe para sí mismo. Pero quiere, y debe, ser oído. Su ferocidad tiene una intención, que no es moral y que puede reducirse a la venganza: la venganza que el narrador no ejerció en la historia, el autor la ejerce en la realidad, y su instrumento es el propio libro. Breton dijo, con un acierto que no era usual en él, que el deber de toda persona es odiar a su país creativamente. *La virgen de los sicarios* puede ser la encarnación de esa sentencia, que cobra, además, añadido valor por asumir el riesgo considerable que implica escribir sobre el presente. Si Vallejo (o el narrador, que es su tocayo) la emprende contra la política, se intuye que la política es su objeto por ser la de este país; si su objeto es la religión, debe entenderse que el centro de la invectiva es esa inmensa paradoja: el que en el país más devoto y religioso del mundo cristiano, quizá con la sola excepción de Portugal, mueran asesinadas más de 24.000 personas al año. Sartre escribió que el infierno son los otros. Para un colombiano, eso es evidente.

*Et moi tout seul* —se lee en alguna de las páginas intermedias— *sans*

*[...] un romancier employant la troisième personne qui témoignerait, qui noterait, avec du papier et un stylo à l'encre indélébile pour la délirante postérité ce que j'aurais ou n'aurais pas dit.*



Cuando la novela comienza a despedirse, fugazmente aparece el cambio de pronombre, y el narrador comienza a hablar de sí mismo como de otro. Satisface así su propio deseo, y transmite con mejorado patetismo su situación desgraciada en el infierno de una nación que no escogió, y transmite también su odio y su impulso destructor, despiadado y feliz.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

## Una novela triste llena de amor

### Mala noche

Jorge Franco Ramos

Plaza & Janés, Santafé de Bogotá, 1997,  
189 págs.

*Mala noche* es una novela triste, llena de amor. Una historia trágica, circundada desde su primera página por la muerte, pero entrelazada por el humor, la ironía y la sátira. Narración inteligente, airosa en una trama plena de disímiles ingredientes en ocasiones truculentos, a veces livianos, siempre ágiles, llevados a feliz puerto por un dominio conciso de su autor respecto al mundo de las mujeres, de la noche, de la desesperanza, de la prostitución, del bajo mundo rico en altas emociones.

Brenda, la protagonista, es una mujer bella, de modales finos, educada y con gusto por la lectura. Al cabo de un largo tiempo vivido con su familia al norte de una ciudad cuyo nombre nunca se menciona, pero que a todas luces es la capital colombiana, decide escaparse y dejarlo todo. Se ha hartado de la imbecilidad de su marido, que la quiere sólo como objeto decorativo, y del dolor insoportable por la pérdida de su hijo, quien huyó primero, para siempre, enredado en el vicio y la oscuridad de una existencia que le provocó la muerte. Sin importarle su otra hija, Brenda se va con su soledad, su fastidio y su belleza al mundo de la prostitución. En comodato le entrega su alma al diablo.

Pero todo esto está apenas pergeñado en la novela. Lo sabemos porque su protagonista lo entrega a cuentagotas, en entretiempos de su acelerada vida. Sabía de antemano que su brutal desprendimiento no le depararía un paraíso. Sólo buscaba seres auténticos, aunque estuviesen condenados. Y termina derrotada y suplicada por esas mismas circunstancias, por la sinrazón de la muerte que se hacía presente tanto en las decapitaciones recurrentes de sus amigas y enemigas, como en la impotencia de su propia devastación, del derrumbe de su cuerpo y su belleza. La vecindad de la tragedia y la horrible pesadilla de su soledad sin alicientes, eran calmadas por momentos en la extraña fuente de un personaje cinematográfico, un comerciante de cine porno, obeso, sedentario, eterno escucha de Gustav Mahler entre baños aromáticos y mimos de sus acuciosas ayudantes.

Fungía él de benefactor de varias protegidas, entre ellas Brenda, la reina, quien saciaba benevolente sus estraños gustos sexuales. Dos personajes enigmáticos, no carentes de hondura y trágica sabiduría.

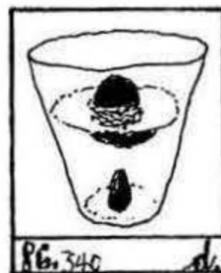
Ella encontraba en este hombre bondadoso y comprensivo una doble relación: entre el padre, de quien también se había desprendido abruptamente, y el amante dócil y agradecido que nunca tuvo en su esposo.

Sorprende gratamente la destreza narrativa del autor de esta novela, Jorge Franco Ramos (Medellín, 1962), de quien se nos dice que fue ganador en 1996 del concurso nacional de narrati-

va Pedro Gómez Valderrama, con el libro de cuentos *Maldito amor*, además de haber participado en talleres literarios de Medellín y Bogotá y estudiado cine en Inglaterra.

Sin creer que sea la gran novela de los últimos años, sí pienso que *Mala noche* es un libro que llena las expectativas de un lector exigente. Recursivo y afortunado en el manejo del tiempo, que va y viene con sinuosidad y coherencia, asume sus personajes con propiedad y penetración psicológica, sin ripios, sin "jugadas geniales", dándoles carácter y credibilidad en ambientes bien descritos y bien recreados.

Un programa radial de conversaciones telefónicas nocturnas dirigido por un extorero, que podría parecer un argumento ficticio en la novela, es un recurso que, además de impregnarle ironía y humor, introduce un aspecto recurrente de nuestra radio, no sólo objeto de seguimientos sociológicos y semióticos, sino que ha movido la imaginación de artistas en géneros diversos.



En esta novela ese programa propicia inteligentes diálogos entre Brenda (asidua oyente e interlocutora) y "El matador". Al final, la mujer es descubierta por su hija, quien le reconoce la voz, y ello propicia un reencontro que, aunque infructífero, le inyecta a la historia el presagio de un final que se va redondeando, no feliz sino real y dramático.

Como en una buena novela policíaca, en ésta no se dejan cabos sueltos y el suspenso, creciente y controlado, va hasta lo último, en una paulatina preparación de ablandamiento, cuando llega el directo a la mandíbula, sin tiempo a lloriqueos.

A diferencia de algunas historias de esta índole, donde se ve de fondo el te-

lón de la novela negra, en ésta, insisto, hay hondura, incidencia psicológica, auténticos sentimientos de dolor, alegría y muerte tratados sin especulaciones y con autenticidad.

El diálogo, el monólogo y la descripción como técnicas narrativas son dispuestos con tino y efectividad, en un aspecto de la vida marginal, que se explaya a lo largo de toda nuestra geografía, donde se ponen en juego la vileza y la máquina infernal de crímenes sistemáticos e impunes. El tratamiento estético que el autor da a esta oscura realidad, nada tiene que ver con el patetismo ni la pornografía. Sí con la radiografía de mundos infortunados, pero plenos de humanidad y sentido.

El mérito de Franco Ramos es mayor, si pensamos que ésta es su primera novela, lo cual mantiene las expectativas sinceras de libros venideros. Este, fruto del primer premio en el XIV concurso nacional de novela Aniversario Ciudad de Pereira, en 1997, ratifica una vez más la importancia de los concursos, sin importar cuántos de ellos defrauden a menudo. Por textos como éste, bien valen la pena otras frustraciones, provenientes de las citadas convocatorias. Como en todo, además.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

## “El individuo, en literatura, es la última fuente del asombro”

### Persona

Juan Gabriel Vásquez

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1997, 116 págs.

*“Palabras, mujer, ciudad. Sólo un loco o un suicida intentaría juntarlas. Salvo que los enamorados, claro, sean especie de uno o de otro”* (pág. 36).

Flores, ciudad de Lorenzo el Magnífico, Maquiavelo, Michelangelo, sirve de marco espacial a esta novela que